

275

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACION MENSUAL DE LA
Facultad de Ciencias Económicas, Centro de Estudiantes
y Colegio de Graduados.

La Dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscriptos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES:

Juan José Silva
Por el Centro de Estudiantes

Dr. Nicolás A. Avellaneda
Por la Facultad

Néstor B. Zelaya
Por el Centro de Estudiantes

REDACTORES:

Luis Moreno
Eugenio A. Blanco
Por los Graduados

Dr. Alejandro M. Unsain
Dr. Jorge Cabral
Por la Facultad

Juan B. Courbet
Armando Luis Raggio
Por el Centro de Estudiantes

ADMINISTRADOR: **Bernardo J. Matta**

Año XI

Diciembre de 1923

Serie II. Nº 29

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

Finanza fascista

1. De Stefani practica una finanza "fascista".

Alberto De Stefani, el 13 de mayo en Milán, habló sobre la obra financiera del gobierno fascista.

"En este discurso que ampliamente he documentado, decía, vosotros, señores, tenéis la prueba que la promesa del Fascismo, encaminar la Nación al equilibrio, es un hecho. La meta no ha sido aún alcanzada, pero la marcha continúa. Si el Gobierno Fascista no fuera interrumpido, nuestra ambición será colmada, y con ello empezará un nuevo período de grandeza para la Nación".

Sea en el cuerpo del discurso, sea en este final, evidentemente se observa, que la obra cumplida, y aquella aún a cumplir, tienen carácter "fascista".

¿Qué quiere decir esto? ¿Qué es lo que da "carácter fascista" a un género de finanzas y lo priva a otro? ¿Tiene quizás el fascismo un propio contenido técnico? ¿O tiene esos caracteres morales que tanto más resaltarán cuando más la acción fascista contrasta con la conducta seguida precedentemente por los demagogos o bolcheviques, charlatanes o politicantes?

En boca de un hombre como De Stefani, el cual, con razón y verdad, de sí mismo puede afirmar que "por instinto y educación natural, prefiere al ilusionismo de la confianza el tranquilo examen de los hechos", hombre que antes de ser diputado y ministro, fué profesor de Estadística y de Economía Política en la Universidad de Padova, no se trata, cuando se refiere al fascismo, de la fe en un mito, o de un propio sentir, que cautiva a locos y creyentes; no es la bandera verde del Profeta: es un sistema lógico de política y de rigurosa administración pública que vizlumbra y del cual los primeros frutos son evidentes: "medios" que señálanse en correspondencia con "fines" claramente indica-

dos, en los límites de "condiciones de hecho" exactamente diagnosticadas. (1)

.....

.....

8. Por qué será engorrosa y lenta la obra de reconstrucción económica y financiera.

Mientras para un gobierno le es fácil provocar en forma notable un rápido empobrecimiento de la situación económica del país, escasos al contrario, son los medios de que puede disponer para mejorarla y lenta a la vez, toda iniciativa.

Es rápidamente destruída la confianza en la honradez del gobierno, la persuasión que respetará los derechos adquiridos, la certidumbre que sea el defensor de la ley y que imponga su cumplimiento; muy pronto se difunde la sensación que falta estabilidad en las normas generales del derecho, firmeza en la dirección de la política fiscal y aduanera, así como delimitación de la esfera en que es libre la actividad económica del ciudadano y opuestamente de aquella a la que está vinculada la intervención estatal, sea ésta intencionalmente tutora o despojadora; solamente el gobierno puede comprometer en demasía el crédito de un país y solo a él es dado trastornar los precios. *La acción de cada ciudadano no puede crear un balance del comercio permanentemente desfavorable*, puesto que cada ciudadano está obligado a pagar sus adquisiciones y goza de crédito relativamente escaso.

A cada importación corresponde una exportación de mercaderías o de valores, con ventajas para comprador y vendedor. Mientras que el gobierno si contrae deudas, da lugar a una importación a la que no corresponde una exportación, salvo la de los intereses, y sólo al gobierno es dado hacer desarrollar y vivir industrias que no cubran sus costos y que por ello sean parásitas y aumenten también los costos de todas las industrias no protegidas.

Hecho el mal, no se sabe cómo salir prontamente de él. ¿Cómo retirar los millones emitidos de papel moneda? ¿Cómo librarse de un sistema de protección aduanera que ha desviado

(1) Pasa luego Pantaleoni a definir en forma admirable, qué debe entenderse por fascismo y agrega originalísimas consideraciones al respecto. Tratado el punto muy extensamente, nos hemos visto obligados a suprimir esa parte. — N. DEL T.

capitales hacia industrias sin ambiente? ¿Cómo pagar las deudas contraídas por el Estado si solo resta una mínima parte de los valores creados? ¿Cómo iniciar industrias y comercios si los contratos entre particulares o con el Estado no tienen valor y se niega competencia a tribunales que los harían respetar? ¿Cómo trabajar si el producto del trabajo es destruído por impuestos no previstos o si el Estado mismo hace competencia a las empresas privadas con capitales quitados a las mismas y sin ninguna preocupación por los costos y precios?

Y sin embargo, este conjunto de bajezas políticas y económicas, este mundo trastornado por el socialismo, por proteccionismos y precios políticos, ha tenido que afrontar al fascismo. Y ciertamente, la gran masa del pueblo jamás se dió cuenta que el país mismo estaba al margen del abismo, ni de qué naturaleza éste era; no comprendiendo de dónde provenían los males que advertía. Por ello esperaba su bienestar de hombres y métodos, de sistemas políticos y económicos que precisamente eran la causa de su mal; y ha contraído costumbres de disipación, de ocio, de revuelta y violencia, y de odio originado en prejuicios e ignorancias, que representan uno de los obstáculos más graves a su resurgimiento civil. Serpenteaban así, los ideales socialistas, sin que los mismos enfermos lo notaran.

Si hay algún país en el que su bienestar puede sólo obtenerse del libre desarrollo de una economía capitalista, o sea precisamente del dicho "proceso capitalista", este es Italia, donde la densidad de la población es de 196 personas por km. cuadrado. Esta población — que va siendo cada vez más densa — para que pueda vivir necesita una más compleja y permanente confección de bienes instrumentales de rendimiento futuro. Luego, la economía capitalista consiste en transformar el ahorro anual en instrumentos de producción, privados de utilidad inmediata, creados con la destrucción de bienes económicos actualmente útiles, pero que presúmese redituarán en el porvenir; de donde, por varios años, una reducción en el costo de producción de bienes de utilidad directa. El progreso económico no tiene otra definición ni otra característica que tal "proceso capitalista". ¿Cómo podrían los italianos, mejorar su situación con otro medio que no sea el ahorro y la transformación del ahorro en bienes instrumentales de rendimiento siempre más remoto? Pero, hasta que ello sobrevenga, y los costos de la vida disminuyan, ocurre la gradual destrucción por obra del fascismo, de los obstáculos creados por el socialismo, por el pro-

teccionismo y por el Estado que estaba en sus manos, y la gradual modificación del pensamiento bolchevista. Va así liquidándose la desastrosa herencia y paulatinamente desapareciendo los impuestos sobre el patrimonio, la ridícula legislación sobre los superprovechos de guerra, la legislación sobre arrendamiento, aquella sobre imaginarias tierras incultas, la legislación social, la pretensión de regular los precios al detalle, según los precios mayoristas y sobre los absurdos cálculos de costo, la anulación de los contratos, la persecución de los especuladores, los monopolios cooperativos y los subsidios que les acordó el Estado, los privilegios sindicales, las restauraciones de las corporaciones medioevales, las violencias contra los bancos, las concesiones de créditos por vía legislativa, el favoritismo mediante tasas y subvenciones a ciertas industrias en perjuicio de las restantes, la intervención del Estado en las contiendas entre empresarios y obreros y el sometimiento de negocios privados a ciertos engranajes burocráticos que los transforman de contrataciones económicas en cuestiones de influencia política.

9. El programa económico fascista bosquejado por De Stefani en Milán.

En esta obra la parte más gravosa incumbe a De Stefani, que en el congreso fascista de Nápoles, exponía como miembro de la comisión financiera del Partido fascista, un programa que encontramos en su discurso pronunciado en la Cámara el 25 de noviembre de 1922, y en el de Milán del 13 de mayo de 1923 y que marca las normas a las cuales se sujeta actualmente. El programa es nuevo si se piensa que desde hace 45 años vemos dar por cierto todo lo contrario, esto es, desde cuando la Izquierda estuvo en el poder, o sea, 45 años que se mofan como utopistas como teóricos, como gente que vive en el mundo de la luna alejada de toda realidad práctica, como ignorantes superados sólo en parte, por aquellos que no han olvidado los más simples principios de la economía política. No es nueva si recordamos que trátanse de principios de política económica que informaron el pensamiento y la acción de Cavour, Ferrara, Scialoja, Minghetti, Cambray Diguy!

Los argumentos de De Stefani, demuestran que la *presión demográfica* es hoy un inconveniente, pero puede mañana ser nuestra fuerza. Por ello: "Las miras actuales de la política económica fascista buscan reducir tal presión. Existen dos me-

dios: la emigración y el aceleramiento en la formación del ahorro y de los capitales. No es el caso que hablemos de una política malthusiana. Se buscó de neutralizar el desequilibrio entre la población y el capital con dos medios: los trabajos públicos y la imposición de un determinado contingente de mano de obra a los empresarios. Recursos ilusorios. El empleo de la mano de obra (dicho brevemente) está determinado y limitado por el capital instrumental disponible, mobiliario e inmobiliario. Esta cantidad, en un momento dado, es la que es. Los trabajos públicos y la imposición de un contingente de mano de obra, no pueden aumentarla: concurren tal vez, en muchos casos, a retener la acumulación... La Italia es un pequeño país, sea por su superficie agraria como por sus materias primas en relación a su población. Debe poder verter más allá de sus límites, al no aceptar el pacto del hambre, todo el exceso de población, ya por medios pacíficos y persuadiendo al mundo de nuestras necesidades, o violentamente, por una razón suprema de conservación. La política externa del fascismo está dominada por la tensión de la demografía interna. La desproporción entre la disponibilidad instrumental requiere también una precisa política productivista tanto en los órganos administrativos del Estado, como en la dirección de las organizaciones. Nuestros fascistas, revelados tan rápidamente, y en los cuales la fé y el ardor vencen la tendencia de resolver ponderada y programáticamente los problemas económicos y técnicos, han tal vez adoptado métodos que se resuelven en destrucción de riqueza o que demoran la formación de los capitales... Es necesario tener voluntad y proceder contra los sindicatos nacionales, cuando no respetan las condiciones por nosotros impuestas a la libertad de organización. El sindicalismo es ante todo un hecho económico de asociación, que obedece a ciertas condiciones históricas, que varía por natural expansión, según los lugares y la forma de encararlo. El sindicalismo es un modo de proceder tanto de los capitalistas como de los obreros, un medio para alcanzar ciertas condiciones de equilibrio que no podrían conseguirse sin asociación. Y así como hay hombres delincuentes antisociales, también existe la delincuencia sindical, de la que capitalistas y obreros han dado innumerables ejemplos... La situación económica de las Naciones no consiente el parasitismo. Completando la política emigratoria es necesario hacer una política de producción rigidísima. El aumento de la producción determina un aumento en la demanda de trabajo. La misma crisis finan-

ciera del Estado no podrá resolverse sinó en virtud de una absoluta obediencia a nuestro imperativo económico”.

Y bien, ¿hablaban quizá diversamente los hombres de la anti-gua derecha?

10. **Defensa del contribuyente contra los impuestos protectores; defensa contra la expoliación de camarillas locales; defensa contra el paternalismo gubernativo; defensa contra las organizaciones de clases; universalidad del impuesto; reducción de las funciones del Estado; economía máxima en el ejercicio de las restantes. Son los caminos seguidos por De Stefani.**

En finanzas se suele charlar y charlar mucho, pero cierto es que un ministro de hacienda, no puede mejorar las entradas de su balance, si no realiza un drenaje en los balances de los contribuyentes. En estos balances de los particulares el flujo anual de la renta está en tal forma distribuido que cada “*jefe de gastos*”, con cada lira que a ellos sacrifica, procúrase idéntica satisfacción, y que, al mismo tiempo, la última lira que forma la renta le cuesta un trabajo también igual a esa satisfacción. Ahora, en estos balances se incluyen coactivamente, todo impuesto, y con prelación sobre otro empleo de la renta, provocando una profunda alteración en la distribución del residuo y variando también la naturaleza y cantidad del trabajo concurrente para la obtención de la renta.

De aquí que, cuando sea muy dificultoso aumentar los tributos, es necesario — para no turbar a cada momento *ex novo* sean los modos de producir la renta, su cantidad, o modo de gastarla, sea la demanda de mercaderías y servicios en que ella se traduce — que el ministro de hacienda: *defienda los balances de los contribuyentes contra las tasas e impuestos a los cuales los sujetan*, mediante un régimen de derechos protectores, de privilegios y de monopolios, *ciertas clases sociales*, es decir, grupos de industriales, agrarios y obreros, *políticamente organizados a los fines de esta expoliación*, la cual importa una pérdida aislada en el rendimiento de los factores de producción y no sólo una diversa distribución de los réditos; *defienda los balances de los contribuyentes contra tasas e impuestos a los cuales los sujetan camarillas municipales y provinciales*; abstenerse de *impedir el desenvolvimiento de las rentas privadas* mediante ingerencia gubernativa, quiero decir: creación de *precios*

políticos, o bien *paternalismo gubernativo*, y del cual el caso extremo es dado por la exclusión de la actividad privada en una serie de formas de la actividad económica, sustituyéndola por monopolios del Estado o municipalización comunal, en una palabra, socialismo.

Es una sola la bolsa en la cual "*pesca*" el Estado, mediante su sistema tributario; los municipios, mediante sus impuestos y tasas; las organizaciones de clases — llámeseles industriales, obreras, proletarias, no importa —; los monopolios estatales y las municipalizaciones: esta bolsa es siempre y únicamente la de la renta del ciudadano, que la obtiene mediante su trabajo y su ahorro aplicado según su saber y deseo. De donde, la necesidad que tiene el ministro de hacienda, de salvar la oveja que él debe esquilarse de otros esquiladores, sobre todo de aquellos de las organizaciones de clases, que la lana esquilada no restituyen, hilada y tejida, a la oveja, y aun la necesidad para él de dejar la oveja *pastorear* y no esquilársela de modo que obstaculice o retarde la reproducción de nueva lana.

Y sigue una segunda necesidad para De Stefani: extender la esquila a cuantas ovejas haya, o sea, buscar que contribuyan todos los ciudadanos y adaptar la tasa, sea reduciéndola, sea elevándola, al nivel que experimentalmente resulta ser el de máximo rendimiento.

Reforzadas las entradas por este medio a su disposición, un ministro de hacienda tiene el recurso de reducir los gastos. Puede él conseguirlo de varios modos: en primer lugar librando al Estado de muchas funciones; en segundo lugar no permitiendo que los derechos protectores encarezcan los innumerables materiales de los que él es comprador como consumidor o fabricante; en tercer lugar pagando jornales y salarios menores que los de mercado libre por razón de la estabilidad que sus empleos ofrecen y de las pensiones que suplementan el jornal; en cuarto lugar ordenando las funciones de modo que sea necesario un personal *mínimum*, tratando que éste sea eficiente.

Y bien, ni uno solo de estos medios ha sido olvidado por De Stefani. Algunos de ellos fueron por él ya casi agotados; a los otros apenas ha recurrido. A la enorme expoliación de los contribuyentes, que por fines quizás políticos, quizás de ridículo lujo, se ha hecho por las Comunas o Provincias, el ministro ha contrapuesto la publicidad de los actos, publicidad mediante la cual se hace un llamado a la conciencia de cada ciudadano, para que haga obra de ciudadano sagaz y valeroso participando

en la lucha contra los disolventes y mediante la cual es dada la justificación moral y política de las medidas coercitivas que el gobierno central ha tomado para limitar las entradas de las Comunas. Y allí donde por insipiencia y debilidad de administraciones comunales y provinciales no supieran reformar su engranaje, será el gobierno que a ellas, en esta obra, se sustituirá. No sabría decir algo más conveniente que pudiera hacerse. Las grandes Comunas, como el Estado, mejorarían muchísimo su situación si se librarán de las funciones industriales asumidas, es decir, de la municipalización. Es natural que no pueda una Comuna a un tiempo hacer política de municipalización y de imposición de rentas. Para evidenciarlo, basta pensar en la municipalización generalizada; tendríamos entonces un régimen socialista en el que toda mercadería y servicio serían producidos por la Comuna y todo ciudadano transformado en un empleado. No habría materia y necesidad para impuestos y tasas. Los jornales serían la exacta medida convenida en la participación prevista a cada individuo, porque ha cooperado en la producción de un servicio específico, en el goce de los otros específicos servicios que otros individuos han cooperado al producirlos. Ahora, desde que hay municipalización, se restringe el campo impositivo, y siendo la capacidad industrial y comercial del Estado inferior a la de los particulares, el rendimiento neto para el Estado o para los municipios resulta menor, recurriéndose entonces a monopolios y aún a impuestos y tasas que son, substancialmente, participaciones de la renta.

De Stefani se ha preocupado también en limitar la expoliación de los contribuyentes por parte de los proteccionistas. En este camino son todavía tímidos sus pasos, pero son, sin embargo, pasos de este género la reducción o la abolición de los derechos sobre abonos químicos, azúcar, petróleo, harina, arroz, carnes congeladas, animales en pie. Escabroso será el camino si solo fuera dejado en su tarea, porque deberá luchar contra *"la industria elaboradora de la opinión pública"*.

La lucha contra el proteccionismo industrial o contra sus exorbitancias, será más áspera que la lucha contra el proteccionismo de productos alimenticios, porque trátase de un proteccionismo del cual el pueblo bajo no comprende cómo encarece el costo de la vida y el mismo gobierno no ve cómo llega a ser una de las causas principales del *déficit* ferroviario y del alto costo de los trabajos públicos y de la administración militar.

Cuando De Stefani tomó a su cargo la Administración, tan desesepada era la situación financiera que parecía imposible sanearla sin restablecer el *macinato* (1), o imponiendo un fuerte derecho al trigo y desarrollando contemporáneamente la renta fundial ricardiana, a fin de que así aumentada pasase al Estado, o elevando aún el impuesto al vino para castigar uno de los mayores consumos del pueblo, o aumentando la alícuota de todos los impuestos, o reduciendo más la defensa nacional, o suspendiendo grandes trabajos públicos indispensables, o haciendo todo ello a la vez.

Procediendo con mucha calma y gran firmeza, De Stefani llegó a reducir la diferencia entre gastos efectivos ordinarios y extraordinarios por un lado y recursos ordinarios y extraordinarios por el otro a 2.616 millones, desde que los gastos ascienden a 19.181 millones y las entradas a 15.565 millones. Poco importa el progreso que ello constituye porque "agua que ha corrido, no nos moja más". Cuestiones de este género tendrían solamente un valor para polémica con los predecesores y De Stefani en ello no se distrae, aun cuando adversarios suyos tienen avidez en deslucir su obra, mostrando que casi, casi, habrían hecho otro tanto. Importa conocer el estado actual e importa poder preveer el porvenir. Ahora bien, dado el balance actual 1923-24 con un *déficit* de 2.616 millones, o sea un 8 % sobre 33.746 millones de recursos y gastos efectivos, es importante saber que el próximo balance estará perfectamente equilibrado. Ello requiere, o una reducción del 14 % en los gastos, o un aumento del 16.8 % en las entradas, o una cosa y la otra en proporciones menores.

Está naturalmente supeditado, el actual y el futuro balance, al empeño con que los colaboradores de De Stefani quedan en los límites que ellos mismos, de acuerdo con él, se han asignado y en particular a que el balance ferroviario sea vigorosamente ajustado por el Hon. Torre, sin debilidades hacia ferroviarios bolcheviques actualmente disfrazados de sindicados fascistas; que S. E. Díaz, por mantener un ordenamiento del ejército harto discutible, no empobrezca las tolдерías; que S. E. Carnazza modere los trabajos públicos y S. E. Di Cesaro mantenga la palabra dada y pase a la industria privada gran parte de los servicios postales y telegráficos. En ningún caso será, por De Stefani, consentido un aumento en la circu-

(1) Tasa sobre la molienda. — N. DEL T.

lación de billetes de curso forzoso. Al contrario, es absurdo, y sería enormemente dañoso, querer artificialmente valorizar la lira. No presenta ningún inconveniente para el comercio y la economía del país, si su valor permanece siendo igual a la cuarta parte del que tenía antes de la guerra. Pero sería, sin embargo, un error aceptar la propuesta de Cassel de *legalizar* el valor en 25 céntimos, porque existe la creencia, muy razonable sin embargo, de que *ese, su valor real* o de mercado, muy pronto aumentará. Ahora, anulando mediante el reconocimiento legal de su curso de mercado, la posibilidad que el valor de la lira suba, suprimimos uno de los factores determinantes de la actual posición de equilibrio.

II. Ningún valor científico en la sintomatología italiana.

El público, no solamente exige que les sean dado por los ministros, hombres parlamentarios y publicistas, los diagnósticos económicos, sino que constantemente lo hace por su cuenta. Quiere saber si el país se enriquece o se empobrece.

Ahora, por razón de los miles modos de entender que es “enriquecimiento” y “empobrecimiento”, la discusión al respecto es una Babilonia. Basta indicar esto: puesto que los bienes económicos son aquellas cosas que *agradan*, y las cosas que agradan varían con los *gustos* de uno a otro hombre, podría que los italianos se estimasen más ricos y más felices que antes si consiguieran, cada uno de ellos, poseer una hermosa Biblia, aún a costa de comer menos, vestir peor, habitar catacumbas y no tener jabón para lavarse, como, sin embargo, podría darse que se prefiera vender todo cuanto contengan los museos públicos y privados, en cambio de poder cada uno gozar una motocicleta con sidecar o un Ford. Y no digo una rareza.

Es que admite una solución esta cuestión: ¿si es más rico el pordiosero que reposa y goza el sol o el americano que se fatiga para ganar innumerables dólares?

A esto se agrega, y naturalmente se agranda Babilonia, la casi universal inconciencia del hecho que “faltan los datos” para una respuesta; que una gran parte de aquellos obtenidos son “falsos en su origen”; que en aquellos síntomas seguros, es “incierto la continuidad”, o mejor, la normalidad; que también si ésta fuera dada, la interpretación resultaría equivocada o arbitraria, porque “faltan los que a ellos son correlativos y necesarios en un juicio genérico”. Según que un síntoma fuera

acompañado de ciertos síntomas o de otros, su significado cambia *de blanco a negro*. Ahora, si faltan los síntomas concomitantes, el dato sobre el cual se quiere razonar es nulo y toda interpretación al respecto será arbitraria y engañosa. La sintomatología económica, o semiológica, hasta ahora avanza solamente en teoría, es decir, conocemos las correlaciones que dejan tras de sí ciertos síntomas; por ello, cuando *suponemos presentes grupos o familias, sintomáticas*, podemos indicar las condiciones que los producen, o sea, sus causas. Pero, precisamente por razón de esto, nuestro conocimiento se ha impuesto *rechazar la admisibilidad de diagnósticos concretos* que han sido contruidos con síntomas que presentan todos los defectos que he señalado! Y sería imperativo el silencio, si ello no dejara el campo libre a la fantasmagoría más desenfadada.

Nosotros ignoramos la renta global de los italianos, y no podemos seguir sus variaciones. Desconocemos, si puede hablarse de mayor ignorancia con respecto a un estado de ignorancia supina, la distribución de la renta en Italia. De ahí que si se preguntare qué parte de la renta de los italianos es absorbida por impuestos, no sabríamos contestar.

No es así en el caso de Alemania, o mejor dicho, no era así antes de la guerra. En los boletines alemanes, cuatro pares de cifras, plenamente atendibles, revelan en qué medida, su régimen burgués y capitalista, se ha enriquecido, y el proceso puede ser observado, si así se desea, año por año o en sus términos límites. Llamando, por ejemplo, *pobres* aquéllos que tenían menos de 900 marcos (oro) de renta y *ricos* los demás, los pobres eran en 1895 el 75 % de los censados y los ricos el 25 %. En veinte años, o sea, en 1914, los pobres habíanse reducido al 49 % y los ricos aumentado hasta ser el 51 % de los censados!

En 1895 los pobres se dividían el 42 ½ de la renta total privada y los ricos el 57½. Al contrario, 20 años después los pobres formaban, mediante la suma de sus rentas, solamente el 22 % de la renta nacional, allí donde las rentas de los ricos alcanzaban al 78 % de la renta total!

Pasaje colosal de pobres a la clase rica. He ahí un diagnóstico *seguro*. Dado el material germánico, a muchas otras preguntas podríamos contestar. Pero, no así, sin embargo, para la Alemania post-guerra, ni para la Italia.

La capacidad mental de nuestro pueblo interpreta una semiología económica semejante solamente a quella de la medi-

cina China, para la cual existen dos principios "recóndito": el calor y la humedad radical y "cinco elementos": el agua, causa de toda la fecundidad, o sea, la madera y los árboles, los cuales disecados, se inflaman y generan el fuego y los espíritus igneos. El residuo del fuego son las cenizas que forman la tierra, la cual, a su vez, procrea los metales"! (1).

La caprichosa semiología de los financistas y políticos italianos rivaliza con la semiología médica china, y provoca escalofríos cuando se piensa que esa resulta *norma agendi* en pleno parlamento y entre la opinión pública, para el Estado, y que amenaza con anular al Ministro que no se mostrase deferente hacia ella.

El principal caballo de batalla de todo ignorante es la balanza comercial. Si el valor de la importación supera el de la exportación, enriquecemos; cuanto más ocurre lo contrario, tanto más la situación es desesperante. Muchos patriotas quisieran que sólo los italianos exportasen, y que todas las actuales importaciones fueran substituídas por la producción doméstica. ¡Entonces la nación sería no solamente independiente, sino conquistadora de mercados extranjeros! Es tanta la ignorancia del argumento de aquellos que así piensan, que es vana la esperanza de llevarlos a un convencimiento diverso, del mismo modo como con el creyente en la astrología está fuera de lugar discutir de astronomía. Es verdad que ni tan siquiera es lícito argumentar que en un incremento de la suma total del comercio internacional, o sea, de la suma de las importaciones y exportaciones, haya un síntoma ventajoso, o ver en su decrecimiento un síntoma desventajoso, como no puede tampoco afirmarse ser ventajosa la conquista de un mercado extranjero o desventajosa su pérdida! Esta tesis, a primera vista, es tan sorprendente como elemental y cierta.

Las exportaciones eran, antes de la guerra, el 64 % de las importaciones; ahora estarán alrededor del 59 %. Se espera ansiosamente que vuelvan a ser el 64 %. Tal ansiedad no tiene razón de ser. Prescindamos del hecho de la incomparabilidad de los datos antes y después de la reforma aduanera. Pero, sabemos en qué medida el comercio total, es decir, el comercio que comprende el interno y el internacional, se haya dividido entre una y otra de estas dos categorías? Más brevemente,

(1) *Histoire de la médecine* de P. V. Renouard, 1846, Baillière. París, p. 51.

¿quién sabe decir qué porcentaje del comercio total, es el comercio internacional? Pero, si esto no lo sabemos, ¿cómo podríamos saber si un aumento del comercio internacional, tal como se refleja en las estadísticas, no sea acompañado por una disminución del comercio interno, y viceversa? El comercio internacional es entonces un porcentaje desconocido de un total ignorado. ¿Qué significado tienen, entonces, estos parangonamientos de cifras ilusorias?

Pero es de grave daño político la difusión del prejuicio mercantilista, porque domina en la redacción de los tratados de comercio, es fundamento del proteccionismo y fuente de legislación social.

Fácil es dar ejemplos del carácter equívoco de la mayoría de los síntomas con los que se distrae nuestro pueblo. Pero, es también necesario hacerlo, esperando que así abandone una tendencia que no es suya. ¿Qué significa, por ejemplo, un aumento en las quiebras? ¿Por ventura, nos referimos al número?... Quién tiene el vino bueno, si ve aumentar las quiebras en número e importancia, cantará su loa a Dios y dirá que se está "saneando la vida económica del país"; quien tiene mal vino, dirá que "la vida económica del país es ruinosa"; quien no bebe vino y por ello no tiene ni bueno ni malo, dará a esta estadística la misma importancia que puede dar al bostezo de la luna.

La desocupación parece ser un síntoma que habla bien claro. Si aumenta, es mal; si disminuye, es bien. Y, sin embargo, no es así. Ante todo, no hay estadística más intrincada para hacer. ¿Están contados también los enfermos? ¿Y los vagabundos? ¿Y los viejos? ¿Son individuos que no quieren trabajar por el salario al cual tendrían trabajo? ¿Cuántos días duró la desocupación de cada uno? ¿En qué época y profesión? ¿Eran personas que emigraban de un lugar a otro, de un oficio a otro, de una empresa a otra? ¿Y quién ha recogido los datos? Pero, hecha la estadística, ¿qué es "mucho" desocupación? Por ej., 607 mil desocupados en febrero de 1922, ¿son muchos o pocos? Referidos a una población de 36 millones de habitantes, es el 1.7 %. Ahora, si se trata de grandes centros es poco, porque allí la desocupación normal va del 1 al 3 %. La desocupación en febrero de 1923 a 382 mil, o sea, al 1.06 %. ¿Mejoramiento? Y, ¿quién lo sabe? ¿Cesaron los suicidios? ¿Hubo ocupación artificial?

Si luego el público se ocupa de la semiología de los cam-

bios y de los precios de valores de bolsa, nadie puede disuadirlo de que habrá siempre algún astuto especulador que, si es extranjero hará la guerra al país y si es italiano la hace al gobierno. Y el remedio único está siempre a mano, como aquel de los médicos de Molière, Monsieur Purgon y Monsieur Diafoirus. "Clyterium donare. Postea seignare. Ensuita purgare" (1).

Pero la medicina es suministrada a quien no la necesita y entonces sí que es peligrosa la profesión del banquero y la del agente de cambio, como lo eran en la Edad Media! Se traslucen y evidencian prejuicios socialistas, anticapitalistas, hostiles a la clase comerciante que es estimada "improductora, obstaculizadora de toda relación directa entre productores y consumidores", y sustituible necesariamente con cooperativas o con entidades estatales, buscando de someterlas al control policial. Y la verdad es que la estupidez socialista impresiona aún hoy en día la mentalidad de gran número de italianos, indiferentes, sin embargo, a los hechos más obvios.

En qué medida son necesarios los intermediarios, quizás resultará más inteligible al lector, si llevo la cuestión fuera del campo comercial. ¿Por qué, por ej., no poner al que quiere decidir un litigio en directo contacto con el tribunal? ¿Qué necesidad hay del "intermediario" llamado abogado? ¿Por qué no poner al ciudadano soberano en directo contacto con el gobierno y por qué introducir al "intermediario", que hará las leyes, llamado miembro del Parlamento? ¿Por qué no poner al creyente en directo contacto con Dios y crear al "intermediario" que se le llama cura? ¿Para qué el "intermediario" entre el pecador y Dios? En este campo son aceptados todos los "intermediarios". No lo son entre quien produce (nutre) el novillo y quien consume (compra) la carne, el par de zapatos y la tripa para el gato.

Recuerdo, y recordamos todos, qué bullanga hicieron diarios y hombres públicos cuando, después del discurso de De Stefani, en Milán, ciertos valores bursátiles, en vez de subir, bajaron algún medio punto, y aún la lira algo perdió. No sé cuántas cosas eso debería probar, todas tan terribles como la reciente erupción del Etna. Y, sin embargo, si algo de natural tenía, era que en vista del discurso, que por el solo hecho de

(1) Dadle lavativa. Empachado parece. De inmediato purgarlo. —
N. DEL T.

pronunciarse en Milán lo hacía más notable, se había con anterioridad descontado el efecto mediante adquisiciones tales que hasta las acciones del Banco de Italia habían aumentado 200 puntos! Se compraban títulos para revenderlos pronunciado que fuera el discurso. El alza al principio: luego, la liquidación.

Las notas de los gobiernos francés y belga por un lado y la inglesa e italiana del otro, relativas al Ruhr, habían determinado, precisamente entonces, un nuevo descenso del marco y, por consiguiente, la incontenible demanda de dólares y esterlinas por los poseedores de marcos y la correspondiente alza de aquellos valores. ¡Pero, eso es sinónimo de una depreciación de la lira y del franco! Era también observable, que una serie de capitales de importantes sociedades, como la de Navegación General, la Terni, la Hidroeléctrica, etc., se disputaban los recursos del mismo mercado, provocando un "acrecentamiento en la oferta de títulos con estabilidad en la curva de la demanda". ¿Por qué asustarse, entonces, si sobreviene un leve descenso en los cursos?

12. No hay razón de preocuparse por el "Nuevo País", cuando se tiene el apoyo del verdadero país.

Ciertamente, en bolsas pequeñas y aisladas como las nuestras, leves y pasajeros daños pueden también acontecer por hechos insignificantes. Puede luego ser cierto que las discordias entre fascistas obren, en un ambiente impresionable como el nuestro, ocasionalmente en sentido desfavorable sobre las bolsas, porque dan risueñas razones o pretextos para dudar del fascismo, no obstante la duración del orden público, la perseverancia de un severo régimen de reorganización de los servicios públicos y la energía en la represión de nuevos ardores bolchevistas. Algún leve daño puede que se experimente leyendo un diario tal como es el *Nuevo País*, órgano de los intereses privados, disfrazado de fascista, y que con tenacidad, digna de mejor causa, busca la caída de De Stefani, porque éste corta las uñas a los vampiros...

Siendo los probables veinte mil millones en circulación, en parte atesorados por la gente de campo — *cantidad ignorada*, que, por mi parte, estimo entre 6 y 8 mil millones — en parte retenida en el extranjero, como inversión especulativa que los agentes de cambio lanzan de un banco a otro, — *cantidad completamente ignorada* — y en parte circulando con velocidad

continuamente variable — *cantidad ignorada y velocidad desconocida* — admito que artículos e insinuaciones virulentas como las del *Nuevo País*, puedan tener cierta peregrina influencia sobre el *stock* especulativo que existe en el extranjero. ¡Pero, son tempestades en un vaso de agua! No asumirían caracteres más graves que si se provocasen por parte del gobierno medidas coercitivas, caza a los especuladores, y estorbos al libre comercio; entonces, estos procedimientos, restringirían el mercado del papel moneda y serían factores de depreciación.

A todo hombre capaz de reflexionar le será hartó fácil entender que el *verdadero* país — no el *Nuevo País*, — ansioso de librarse totalmente de aquellos nubarrones, oscurecidos por los ladrones del cooperativismo socialista y popular, de la comunidad plutocrática-demagógica, no se rendirá, luego de tanta lucha, a gentualla que enarbola la bandera fascista solamente para enriquecerse y que por ello ataca a aquellos que la finanza y la administración pública defienden.

No puede el *Nuevo País* lanzar más que *telum imbelle sine ictu*, aun cuando reproduce el discurso del senador Wollemborg y calla la réplica al Ministro.

Entre los preceptos políticos de Plutarco, leemos dos de los cuales, el uno lo recordamos para el Hon. Wollemborg y el otro para Carlos Bazzi, director del *Nuevo País*. Al Hon. Wollemborg, Plutarco advertiría que aquellos filósofos que prescriben a los administradores de la cosa pública, qué suerte deberían alcanzar, pero *no saben ellos decir con qué medios concretos alcanzarla*, aseméjense a esos que iluminan la lámpara, pero que no tienen aceite para quemar. A Carlos Bazzi y a algunos de sus camaradas, él diría, que no debe *el interés particular y la avidéz de ganancias, inducir a nadie a tomar parte en la política*, como lo hicieron Stratocle y Dromocleide, quienes recíprocamente se alentaban para *cosechar la áurea germinación*, adulando a Demetrio Poliorchete.

Ellos tuvieron así, figuración y fortuna, a costa del degenerado pueblo de Atenas, pero no ya de Demetrio, quien mostró poseer entre las principales actitudes de grande hombre de Estado, la siguiente: *saber elegir bien a sus colaboradores*.

Ha sido la capacidad de elección una de las cualidades más notables de Napoleón el Grande. Supo rodearse por generales que tenían su mismo valor, por juristas, financistas y administradores cuyas enseñanzas son aún hoy los ejemplos de la vida política y no de Francia solamente. Por obra de sus

hombres se renovaron muchas ciencias, desde las matemáticas a la física, a la egiptología. Hombres del género del cual él se ha servido, existían antes y después que él, y existen aún hoy. Proviene de todas las clases sociales, de todas las regiones de Francia y también de Italia. Capacidad análoga a la de Bonaparte revelaron Federico el Grande, Cronwell, etc. Obrando en límites harto más estrechos, donde la búsqueda era limitadísima, sobresale, por idéntica virtud, Cavour. Trátase de un instinto o facultad extrema, propia de pocos artistas, de casi ningún matemático y que llámase genio. No pueden darse reglas. Es propio también del hombre de Estado el ensayo; escoger personas que le sirvan y separarlas cuando haya otras más aptas. De donde, las muchas aparentes disonancias entre moralidad y conducta, y la doctrina del superhombre, que quiere ser apologética.

¿Mussolini, es, o será un hombre de Estado de gran calibre?

La oportunidad para serlo le es propicia.

Es, sin embargo, también propicia para sus competidores!

M. PANTALEONI.

Traducido por A. L. Raggio, de la Revista *Política*, junio 1923.